

Lecturas:
1º Pe. 5:6-11; Lc. 15:1-11

Cap. Miranda,
Hohenau,
Jesús.

“El diablo anda como león rugiente”

(1º Pe. 5:6-11)

El diablo anda como león rugiente buscando a quien devorar

Hay una cosa que le agrada el diablo, y es retratarse a sí mismo como alguien bonito, atractivo, inofensivo. Así se mostró a Adán y Eva en el paraíso, como si fuera una simpática e inofensiva serpiente. San Pedro llama al diablo, aquí, en primer lugar “vuestro adversario”, como queriendo decir: “con el diablo no se juega”. En segundo lugar, compara con un “león rugiente”, es decir, con un león bravo y que tiene hambre, por eso dice a continuación que “anda alrededor buscando a quien devorar”. El león es conocido por el ser “rey de la selva”, al cual nadie puede disputar. No es un gatito, sino un león, y tiene hambre, en especial de devorar cristianos. San Pedro explica mejor que nadie cuál es la táctica que el diablo utiliza para tratar devorar cristianos: “anda alrededor buscando”. “Anda”, o sea que el diablo no duerme, no se queda quieto, sino que está activo, vivo y coleando. “Anda alrededor”, quiere decir que da una y mil vueltas tratando de encontrar en el cristiano algún punto débil, si es por la derecha, o por la izquierda, o por delante o por detrás. En una palabra, observa, analiza, y acecha continuamente al cristiano para ver su lado débil y vencerle, y comerle para tratar si fuera posible, de arrastrar a su presa hasta su guarida, que es el mismísimo infierno.

Entonces quizá tú me digas: “Admito que el diablo es un ser caído en desgracia, un ángel bueno que de su propia voluntad de hizo malo y que ahora es el enemigo declarado de Dios y de la iglesia. Admito también que es mi propio adversario. Pero la verdad es que yo no estoy siendo perseguido, yo no siento que el diablo me está acechando”. Respuesta: “Querido amigo y hermano en la fe, es suficiente analizar la realidad que nos rodea para darse cuenta en qué selva estamos metidos, y el peligro que como cristianos enfrentamos. Déjame decirte una cosa, mira la selva del mundo en que nos toca vivir, y después me dirás ni existe o no un diablo que anda como león dando vueltas sin cesar buscando devorarte. Mira su estrategia hoy día:

- En vez de creación, hoy se habla de evolución.
- En vez de pecado, hoy se habla de autoestima.
- En vez de salvación, hoy se habla de terapia.
- En vez de justificación por la fe, hoy se habla de pensamiento positivo, buenas ondas.
- Prevalece el ver por encima del oír.
- En vez de hacer tiempo, las personas dicen que ya “no hay tiempo”.
- Énfasis en lo entretenido, en los placeres (hedonismo) y en lo superficial (materialismo).
- En vez de la Biblia como la única y eterna Palabra de Dios, hoy la Biblia es considerada apenas como un conjunto de mitos pasados de moda.
- El centro ya no es Dios, sino que hoy todo está centrado en el Yo.
- En vez de doctrina objetiva (la Verdad), hoy se habla de relativismo (mi verdad, tu verdad).
- En vez de una adoración centrada en Cristo, la Palabra de Dios y los Sacramentos, hoy en muchos ámbitos religiosos el culto pasó a ser un “show” adecuado al gusto de la congregación.
- En vez de confesar “creo en Jesús”, “soy esclavo de Cristo”, hoy se oye la expresión “me gusta Jesús”.
- En vez sufrir la cruz por causa de la Verdad de Cristo, hoy día hay que ser “políticamente correcto”, para no caerle mal el otro, para cuidar el “qué dirán”.

Ahora dime: ¿Haz experimentado últimamente alguno de estos puntos? Entonces mira y ten cuidado de ti mismo y de la doctrina que crees, porque el diablo anda alrededor, “al cual resistid firmes en la fe”. Pues bien, aquel que resiste como buen soldado de Jesucristo firme en la fe, vestido de toda la armadura de Dios, debe saber que el combate de la fe implica arriesgar la vida por Jesucristo. Implica usar el arma de la santa Palabra de Dios y la oración. Cuando el diablo no puede vencerte, tratará de persuadirte a renegar de la fe acosando tu cuerpo, pues a tu alma no

pudo devorar. Lo hizo matando a Abel, por medio de su hermano Caín; luego, por mano del Faraón intentó matar al bebé Moisés; por medio del rey Saúl intentó quitar la vida de David, el ungido del Señor; por medio del rey Herodes, intentó matar al niño Jesús; en tiempos del imperio romano, por medio del Emperador intentó acabar con la iglesia, habiendo en ese tiempo multitud de mártires; en tiempos de la Reforma, por medio del papa de Roma trató de acabar con Lutero y los cristianos que seguían las enseñanzas de la Palabra de Dios, y también hoy día por medio de la tecnología, las sectas, y políticas satánicas que intenta acabar con la vida y la familia. Ya lo anunciaba el profeta Ezequiel, que en medio de Israel “25 hay conjuración de sus profetas en medio de ella, como león rugiente que arrebató presa; devoraron almas, tomaron haciendas y honra, multiplicaron sus viudas en medio de ella. 26 Sus sacerdotes violaron mi ley, y contaminaron mis santuarios; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de mis días de reposo apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos. 27 Sus príncipes en medio de ella son como lobos que arrebatan presa, derramando sangre, para destruir las almas, para obtener ganancias injustas” (Ez. 22:25-27).

Imitar el ejemplo de fe sus hermanos mártires de la Reforma

Es en esta perspectiva, observando desde el principio hasta el fin la historia de la salvación, que san Pedro dice que no decaiga nuestra fe, sino que estemos conscientes que debe suceder así también en este tiempo, y por eso dice:

“Sabido que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo” (v. 9). Así sucedió, por ejemplo, el día 1º de julio de 1523. Dos monjes agustinos, Enrique Voes y Juan Eschen, del convento de Antuérpia, fueron quemados en la hoguera en la plaza del mercado de Bruselas por haber confesado las enseñanzas de Lutero. Poco después de esto, Lutero dirigió una “Carta a los cristianos de los Países Bajos”, en la cual comentaba el hecho. Al mismo tiempo, probablemente en los primeros días de agosto de 1523, compuso el himno titulado “Un bello himno de los mártires de Cristo, quemados en Bruselas por los sofistas de Lovaina”. Los sofistas mencionados, eran los profesores de la universidad de Lovaina, que se destacó como baluarte de la Contra-Reforma católica.

En dicho himno, dedicado a la memoria de estos primeros dos mártires luteranos, entre otras cosas, Lutero escribe: *“3. El diablo los mandó prender // tentándolos con amenazas // con astucia les quiso convencer // a renegar de la gracia. // A los sofistas de Lovaina // con ira y arte vana // él reunió en esta jugada // mas el Espíritu los confundió // y no consiguieron nada. // 8. Encendieron dos hogueras // y trajeron a los jóvenes // más todos se admiraban // cómo ellos despreciaban // esta semejante tortura // con alegría se conformaban // a Dios cantaron y alabaron // los sofistas se asustaron // por este acto de valor // en Dios así se reveló.”*

Enrique Voes y Juan Eschen fueron los primeros mártires de la Reforma que se tenga memoria. Así que no es de extrañarse que esto suceda en nuestros días, como herederos de la Reforma. Hermanos que quizás no conocemos, pero que padecen por causa de la fe cristiana. A ellos nuestro respeto y admiración, y a nosotros nos sirve el ejemplo digno de imitar, y la petición a Dios de que nos mantenga firmes en la fe en aquel momento. Como sigue diciendo san Pedro.

Imitar el ejemplo de fe de los apóstoles san Pedro y san Pablo

“10 Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. 11 A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”. Con palabras parecidas se expresó san Pablo, quien tuvo que prestar declaración de su fe en Roma: *“Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león. Y el Señor me librá de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén”* (2 Ti. 4:17-18). Ambos apóstoles, san Pedro y San Pablo, acabarían muriendo por la fe en Cristo el 29 de junio del año 67, en Roma. San Pedro fue crucificado boca abajo, a petición suya, porque no se consideraba digno de morir igual que su Señor. San Pablo, por ser un ciudadano romano, se le concedió una muerte más digna: le cortaron la cabella con una espada. De este modo, San Pedro

y San Pablo, fueron perfeccionados en la fe mediante aflicciones, pruebas y finalmente la muerte. Pero lo que el león rugiente no pudo ahogar ni remover, fue la fe en el corazón de estos apóstoles de Jesucristo. Porque ambos sabían en sus corazones, que toda la gracia de Dios, en toda su potencia, se había revelado en Cristo en la cruz del calvario. Y que Cristo es el Buen Pastor que ha rescatado a sus ovejas de la boca del león, aniquilando la muerte con su propia muerte, derrotando al diablo no con oro o plata sino con su santa y preciosa sangre, y que ha abierto las puertas del Paraíso para todo aquel que en él cree. La gracia de Dios derramada en estos cristianos, mediante la fe en Cristo Jesús, les permitió superar la muerte física, porque sabían que más allá de este mundo, hay un hogar celestial, un bello hogar, en el cual morar para siempre. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.